



R.3987

RETRATOS
VISTAS DE TODOS LOS PAISES
MONUMENTOS
No se devuelven los originales
que se reciben.

EL CASCABEL

PERIÓDICO ILUSTRADO.

COSTUMBRES
LAMINAS DE LA GUERRA
CARICATURAS
Se regala á los suscritores el
Almanaque de la Ilustracion.

SEIS PESETAS AL AÑO EN MADRID.
NÚMERO DEL DIA DOS CUARTOS.

MADRID 17 DE MAYO DE 1874.

SIETE PESETAS AL AÑO EN PROVINCIAS.
NÚMERO ATRASADO: MEDIO REAL.

ADMINISTRACION: PLAZA DE MATUTE, NÚM. 2: MADRID.

EN SAN ISIDRO.

LA GENTE DEL BRONCE.

—Adios, hombre, ya no te hablas con nadie desde que te han hecho de orden público...

—Espera un poco, Martinez, ¿quién es ese con quien vas; el que ahora está comprando el pito?...

—Mira tú, está tarde le he conocido; el hombre me ha comprado una libra de rosquillas, y ahora me llevará a tomar un café...

—Si yo no estuviera de servicio, no ibas tú a tomar café con ese sugeto...

—¡Puede!... Hijo, ya no tenemos yo y tú nada que ver. Tú ya eres un *presunje*, vamos al decir, y ya te dije que si te hacian de orden público hicieses cuenta de que la Marcelina se habia muerto... A mí no me gusta la policia, te lo tengo dicho.

—Pero oye...

—Que no sea cosa de cuidado, y mira que alguno no te falte al respeto, pongo por caso, al verte con ese uniforme de 32 pesetas, que así lo han puesto los papeles... Y el difunto era más gordo que tú.

—Si no estuviera de servicio...

—¡Pues no boquea poco el hombre lo del servicio!... Mira cómo me busca el sugeto que me va a convidar al café... ¡Eh! aquí estoy *cabajero*; le estaba preguntando a este amarillo por un amigo que es de orden público y está de servicio.

pello conmigo, porque puede que ardiera esta tarde la pradera con todos los que estamos aquí.

—Pero indigna, ¿qué te ha dado?...

—Nada; come tú el escabeche y mal provecho te haga, que yo estoy viendo si vuelve a pasar por aquí una sugeta que quiere perder el moño en San Isidro.

—¡Bah! ¡bah! ya te entiendo... Tienes celos de la hermana política de mi maestro...

—¡Anda! ¡anda! hermana política la llamas... ¡Cuñá, hombre, la *cuñá* que no sabe lo que es vergüenza, y va a saber a lo que sabe mi zapato, que mis manos no se han de ensuciar en semejante sugeta...

—Mira, Blasa, te digo que te librarás bien en faltarla...

—Pues que no sea ella provocativa y *comprometeora*, y no pase por aquí mirándome y riéndose... Y si tiene algo que decirme, que venga y me lo diga, y si quiere que nos agarremos, que no aude haciendo pantomimas, porque eso no es de personas ni medio regulares. Si tú fueras un hombre como es debido, la *cuñá* de tu maestro se guardaria muy bien de querer chocar conmigo.

—Vaya, toma escabeche....

—Aunque bajara San Isidro bendito a darme el escabeche, no lo probaba mientras no me desahogue yo con esa señora... ¡Señora!... ¡vaya una señora!... en viendo a un hombre se deshace la mujer... ¡Jesús! ¡qué indigna!... ¡qué envidia tiene la maldita!...

—Ahí viene... Que no la mires, te digo.

—¿Que no?... Oiga V., mocita, ¿es a mí?... diga V. cara de rosa, ¿es por mí la risita?... ¡Qué no?... Vaya; más vale así, porque iba a ir yo a ver cuál de las dos nos retamos mas....

—Blasa, vámonos, vámonos.

—¡Cál! ¡hombre! pues si ahora es cuando yo voy a comer el escabeche a toda *satisfaccion*... ¡Pues apenas tiene medrana la moza!... Y en pasando otra vez, si se rie, lo que es el porron del vino se lo tiro a la cara.... Come escabeche, *arrastrao*, come escabeche....

—En llegando a casa.... te digo que te has de acordar de mí, Blasa.... Eso de afrentarme a mí delante de la *cuñá* de mi maestro....

—Come escabeche, hombre...

—Que lo coma el demonio... Maldita sea la hora en que te conocí.

—Me parece que no eres tú el que más ha perdido, que no tenias un ochavo, y yo bien tenia mis veinticinco onzas que me las dejó mi madre para que vi-

nieras tú luego a dejar a su hija sin una peseta y.... Pues si merecia yo más palos.... Ir a casarme con un tio como tú cuando con veinticinco onzas podia haberme casado hasta con un *empleao*, que a lo menos me hubiese dado honor... Lo bueno que tiene es que ha sido por lo *cecil*.

—Vámonos a casa.

—Vámonos, hombre, vámonos. No creas que me das miedo.

—¡Maldita sea mi estampa!

—¡Amen! Si todos los hombres son como tú, aunque no hubiera *nenguno* en el mundo....

—Calla, Blasa, que tambien tienes tú por qué callar.

—Yo por *ná*, ¿entiendes?... por *ná*.

—Anda, anda, que si no fuera por la gente que baja, lo que es esta vara ya se yo donde la rompía.

—Quita de ahí, cobardon, que ni siquiera para pegar a una mujer tienes valor ni gracia.

—Chitito, y andando, que cuando lleguemos a casa...

—Cuando lleguemos a casa te aguantarás por la buena, tio lila.

—Oye, Blasa, no digas que no tienes gana, y come escabeche, que para eso lo he comprado.

—No lo quiero.

—Pero, ¿qué mosca te ha picado, Blasa?...

—Es moscon.

—Oye, ¿eso lo dices por mí?... aunque sea mal preguntado.

—No tengo tampoco ganas de hablar.

—Toma escabeche, Blasa, y mira, Blasa, que vas a tomar el escabeche...

—Cuando yo digo una cosa...

—Blasa, ¿ves el escabeche?... ¿Ves la cazuela del escabeche?... Pues mira, Blasa, que el escabeche, y la cazuela del escabeche van a ir a tu cabeza.

—No tienes tú ropa, ¿entiendes? para hacer ese atro-

—¡Padre!... ¡Padre mio!... ¡Perdon!... dijo el jóven con acento entrecortado.

—¿Perdon, de que?—contestó el general.—La muerte suele ser la ley suprema del honor y tú has cumplido con esa ley más poderosa que el hombre. Lo que yo no quiero, lo que yo no tolero, lo que no cabe en mis sentimientos es la hipocrecia, y es fuerza que huya de esta casa para siempre.

—¡Padre!

—Nada de misterios indignos de nosotros. Hoy sabrá el mundo entero la verdad clara y desnuda.

—Pero, ¿y su nombre de V.?

—No quiero que esté a merced de ningun extraño.

—¡Oh! si, tiene V. *razon*—contestó Genaro trayendo a su memoria el recuerdo de Sandoval.—Más vale la confesion propia que la delacion ajena. La insidiosa conducta de ese hombre, arranca la venda de mis ojos y me hace ver sus torcidas intenciones. Es forzoso que hoy mismo hable a la madre de Consuelo, y la hablaré. ¡Pobre Consuelo!... ¡Ay, padre mio!... Usted no comprende las crueldades ansias que están torturándome el pecho... Habré de dar un adios a mis más dulces esperanzas, a mis más tiernas ilusiones... Habré de renunciar a este amor, que era mi vida... Habré de sepultar en el fondo de un calabozo los sueños de mi juventud, como he sepultado en el fondo de mi alma la imagen de la mujer que adoro.

Genaro volvió a caer en los brazos de su padre, por cuyas mejillas rodaba una lágrima, amarga como el dolor.

—¿Crees tú—dijo despues de unos breves instantes—que ese hombre hará pública nuestra desgracia?—Creo que está decidido a obtener la mano de Consuelo... y esto es bastante... replicó Genaro.

—Pero tú lo consentirás?—dijo el general con voz grave.

—¿Y cómo luchar con el destino?

—¡Ira de Dios! Matando ó muriendo—exclamó el general dando rienda suelta a la violencia de su carácter—¿y tú me preguntas que cómo se vence el des-

tino? No, no es del destino, es de un traidor de quien se trata y a los traidores se les busca, se les abofetea, se les escupe al rostro y se les obliga a empuñar una espada.

—¡Padre!... ¡Padre!... No hable V. así a mi corazon, que harto le siento agitarse en mi pecho... Un juramento sagrado sujeta mi brazo.

—¿Un juramento?

—Si yo juré ante el cadáver de Valentin no volver a batirme por nadie ni por nada, sellando mis palabras con un beso, último tributo de mi cariño. Si usted cree que debo ser sacrilego; si V. quiere que ofenda de nuevo la memoria de mi victima, diga V. una palabra, una palabra no más y estoy dispuesto a todo.

El general quedó un instante abstraído. Despues, como si hubiera tomado una resolucion heroica exclamó

—¡Dices bien!... ¡Dices bien! Ese juramento sujeta tu brazo. Y dirigiéndose a un sofá donde habia diferentes prendas de vestir cogió un gabán y se lo echó sobre los hombros.

—¿Dónde va V., padre mio?

—No me preguntes nada... Despues lo sabrás... Adios.

Y salió de la habitacion con paso resuelto, cerrando la puerta tras sí.

Genaro permaneció inmóvil y con la vista fija en la puerta que acababa de cerrar su padre. Al cabo de algun tiempo se dirigió a su alcoba, abrió un neceser grande con embutidos de nácar y sacando una caja de pistolas la colocó sobre la mesa de noche.

—¿Será una cobardía morir?—se dijo a sí mismo con acento irónico.—¡Oh! ¡nunca!...

Y se avalanzó a la caja; pero un nuevo impulso volvió a detenerle.

La imagen venerable de su anciano padre acababa de cruzar ante su imaginacion.

—No será una cobardía; pero si una infamia.

LAS CORRIENTES DE LA VIDA.

NOVELA ESCRITA

POR

Teodoro Guerrero, Antonio Hurtado, Ramon de Navarrete, Pilar Sinués de Marco, Luis Vidart, Manuel Juan Diana, Francisco Perez Echevarria, Francisco Luis de Retes, Ricardo Sepúlveda, Angela Grassi, Manuel Ossorio y Bernard y Cárlos Frontaura.

CAPITULO SÉTIMO.

Por F. Perez Echevarria.

FRANCES SUPREMOS.

La revelacion de su hijo habia sido un rayo de muerte para el anciano general.

Quedó abismado por largo tiempo sin atreverse a alzar los ojos del suelo, donde su imaginacion calenturienta se representaba los sangrientos despojos del desdichado Valentin.

Genaro yacia inmóvil en una butaca al esfuerzo supremo que acababa de hacer. Y aquellos dos seres tan nobles, tan dignos, tan elevados, victimas de esas corrientes misteriosas de la vida, a que la fatalidad ha dado su nombre, sufrían las crueldades torturas del crimen, sin que el crimen hubiera jamás hallado abrigo en su corazon.

Por fin el general alzó los ojos y lanzó una mirada vaga e indefinida sobre el cadavérico semblante de su hijo.

Un sentimiento de justicia y de amor le hizo abrir los brazos en los cuales se precipitó Genaro prorumpiendo en amargos sellosos.

(Se continuará.)

cualquiera a quien pregunte V. allí por la Juana Cornejo, la sobrina de la papelería, que era el oficio de la tía que se me murió, le dirá a V. lo que no está bien que yo lo diga.

—¿Quiere V. torrados ó rosquillas?

—Mire V., joven, yo no soy dengosa, ¿está usted?...

Si V. tiene voluntad de convidarme, sin ofender a nadie, me convida V., y no me pregunte lo que quiero, porque yo quiero de V.

—¿Y no habrá por aquí persona que le interese á usted?... porque yo tengo muy mal genial...

—No he dicho ya que soy más libre que el aire?...

Pues joven, V. no tenga ningún aquel, que yendo conmigo, puede V. tener la satisfacción de que ninguno puede decir ni tanto así de la mujer que va con V... porque quiere y porque le dá la real gana... Y vamos á tomar lo que V. quiera, y de lo de hablar yo con V., hablaremos luego, porque yo no soy de esas que hablan con un hombre, sin saber antes todo lo que está en el orden que sepa una mujer para que ningún hombre se burle de ella, y si á mano viene la deje plantada, que todos los días se ven casos, por ser las mujeres muy confiadas, y haber muchos hombres sin vergüenza ninguna y que no se les dá ná por ná.

—Tengan lástima y compasión de este pobrecito, que ha perdido los cuatro remos y no se puede valer. Dios se lo pague á V. señorita... (¡Dos cuartos!... ¡Nadie se corre ahora para dar limosna!)—Una limosna, caballero, á este pobre que le faltan sus remos, y está malo del pecho, y relajado, y tiene nueve hijos...

—¡Hombre! no digas tantos méritos, porque entonces ¿qué vamos á decir los demás?... Dí lo de los remos, pero déjame la relajación á mí.—Señorita, por Dios, por el Santo del día, una limosnita para este pobre viudo, relajado y con cuatro criaturitas...

—Nobles señores, contemplan á este desgraciado que no puede usar de sus remos, y Dios les conserve la salud para que no se vean como me veo yo... Una limosna; tengan lástima y caridad de este pobre, que no ha comido desde que salió hace ocho días de Zaragoza.

—Esta pobre viejecita, señores... Una limosnita, que Dios les dará la gloria...

—¡Hombre! ya podía irse la vieja á otra parte.

—Díselo tú, y que si se vá á otra parte la daremos dos reales. Así te fueras tú también y me dejaras este sitio.

—Lo que es eso, menos de un duro...

—Nobles señoras y caballeros, miren Vds. este desgraciado... Un padre de familia, sin remos, sin poderlo ganar, relajado...

—Oye, ¿en qué quedamos?... ¿Quién se queda con la relajación, tú ó yo?...

—Los dos. (¡Maldita sea tu estampa!)

(Milagro será que no acabamos á estacazos este pobre y yo.)

—¡Vaya una moza de garbó!

—Se silbante, si no le doy á V. una *baseta* es mirando á aquel santo que está allí arriba... ¡Ponerme á mí la mano en la cara!... ¡Tío morral, tengo yo más honra que V. y todos los de levita y sombrero, y si estuviera aquí quien yo sé, ya le habia echado á usted las tripas fuera, tío cursi, señorito *aburrido*, que está V. más ético que otra cosa... ¡Miste el señor!... ¡más borracho que el vino!... ¡Y luego hablan de que los pobres beben!... ¡Jesús! ¡qué sofocación!... Arre allá, don Lagañoso, que tiene V. una cara que parece que se la han hecho los demonios...

NO LO ENTIENDO.

Madrid es muy rico ó muy tramposo.

Hé aquí un dilema que me he propuesto infinitas veces al examinar los numerosos comercios de lujo de sus calles céntricas: comercios que con sus brillantes luces de gas, sus alfombras, divanes, cortinas de alto precio y cristales absurdos por lo grandes, están reclamando á voz en grito la promulgación de leyes suntuarias.

Una peluquería, dos peluquerías, tres, cinco, veinte peluquerías en un palmo de terreno. Soberbios espejos las adornan y en ellas aguarda al parroquiano un verdadero regimiento de oficiales, graduacion inferior de la clase. Los alquileres de dichos establecimientos ascienden diariamente á 2.000 reales; la contribucion y gas á otros 2.000; los jornales de los dependientes á igual cantidad. Las primeras materias de la industria, reposicion, entretenimiento, etc., importan asimismo una cantidad respetable. ¿Dónde están ahora los 10.000 madrileños que se afeitan diariamente en las veinte peluquerías que están juntas ó poco ménos?

Una, tres, siete, doce tabaquerías, casi tocándose. Hay tabacos desde dos reales en adelante, cantidad próximamente igual á la que representa el género, incluyendo su coste, transporte, derechos de aduanas y subsidio comercial. Si en cada tabaco quedan cinco céntimos de beneficio ¿cuántos necesitarán venderse para cubrir los gastos que por todos conceptos pesan sobre el comerciante? Confieso que á mí no me sale la cuenta, y mucho ménos al considerar que el exceso de mortalidad de los varones con relacion á las hembras, comprueba plenamente el gran consumo que se hace de los productos del estanco.

Treinta tiendas de objetos de escritorio, esperan pacientemente á que los españoles aprendan á escribir.

Un taller de sastrería se ve junto á otro de modista: en ellos se cobran miles de reales por las hechuras, además de ponerse en las nubes el precio de las telas.

Hoy que los hombres no tienen cabeza, se ven abrirse en competencia treinta sombrererías en una calle.

Hoy que no se ve un duro, aun cuando se busque con candil, se abren joyerías y platerías, cuyos escaparates representan millones de reales.....

Y, sin embargo, esos comercios viven; y cuando anuncian su liquidacion forzosa es por mejorar de local.

En ellos entran y salen continuamente compradores y curiosos.

Unas veces se ve al cesante comprando un aderezo de perlas; otras á la mujer de un escribiente de Hacienda, probándose un abrigo de terciopelo. El coche que se para delante de la perfumería y en cuya portezuela figuran una C y una M, entrelazadas, va ocupado por un antiguo agente de negocios; hay quien al mirar las referidas letras traduce sin vacilar Centa y Melilla. Las muchachas que se paran delante de la platería de Sellan ó de la joyería de Samper, pidiendo la satisfacción de algun capricho, son hijas del viejo que las acompaña y cuya única profesion es la de curador de unos menores. El joven que sale de la sastrería donde ha hecho un gasto de 200 duros es un estudiante de leyes, cuyo padre le envía 20 al mes. La mujer que recorre siete tiendas seguida de un lacayo, tiene á su marido en Manila, de comandante del resguardo.

No ha pasado, como algunos dicen, el tiempo de los milagros.

La severa é implacable estadística acusa que por término medio, cada familia de Madrid disfruta catorce ó diez y seis reales diarios; pero los comercios de lujo dicen una cosa muy distinta y la estadística de la propiedad urbana sabe perfectamente que ella sola absorbe la casi totalidad de aquel haber.

Aquí vemos escribientes de tres mil reales, con descuento, que gastan levita; proletarios que tienen criada; comerciantes quebrados que tienen coche; niñas que cosen para las tiendas y tienen palco; mendigos que tienen acciones de Banco.

Aquí vemos comerciantes que tienen de gastos mil reales diarios y venden pastillas ó caramelos; sastres que realizan fortunas sin sisar un dedo de paño; fabricantes de cruces que ganan un diñeral, á pesar de estar abolidas las condecoraciones; vendedores de chocolates y otros géneros, cuya ganancia no se explica á ménos de que cada madrileño tome veinte jicaras por día.

Las covachuelas han desaparecido para siempre, y han sido reemplazadas por tiendas adornadas con un lujo oriental. Las clásicas barberías han dejado la vez á los peluqueros, que no dejan de ganar cuanto quieren, á pesar de que casi todos los vecinos de Madrid no se peinan, por estar calvos, ni se afeitan porque la moda autoriza la barba. Sobre la miserable *alojería* se alza el soberbio café. Sobre la humilde botica el rico laboratorio farmacéutico-químico, con sus enormes bolas verdes, para que todos los transeuntes adquieran aspecto de enfermos y se animen á medicarse.

Todo ese lujo representa un capital, del que carece Madrid. Existe; pero no se razona ni se justifica.

En fin, que no lo entiendo.

Yo conozco á un médico, que sólo ha tenido tres enfermos en su vida y se ha retirado rico, no queriendo ya ejercer la profesion. Yo conozco á un escribiente de un Juzgado que gana una peseta diaria y paga de casa veinticinco duros al mes. Yo conozco á una viuda, que cobra de pensión siete reales y vive en un piso principal de la Puerta del Sol; verdad es que hace tiempo consiguió atraer á un caballero particular, para vivir en compañía. ¿Qué extraño es que las envidiosas pensionistas, huérfanas ó viudas, hagan público un día y otro, por medio de *La Correspondencia*, que necesitan un caballero?

Madrid, estudiado en su corazon, es un misterio: corresponde á una poblacion tan rica como venturosa, que todavía no existe.

Por eso, cuando veo que se abre en la Puerta del Sol ó en la Carrera de San Gerónimo una tienda de nueve puertas, cuyo decorado ha podido costar un millon, y que en dicha tienda se venden palillos para los dientes, afileres imperdibles ó cristales ahumados para los eclipses, no puedo ménos de repetir:

—No lo entiendo.

EL MANZANARES.

Todo Madrid y no pocos forasteros asisten á la fiesta del santo Labrador que tiene como si dijéramos su templo solariego en la márgen derecha del Manzanares. Con tal motivo se han renovado los seculares dimes y directes sobre la decencia ó indecencia del Manzanares y en vista de esto me ha parecido muy oportuno dar á conocer á los lectores del festivo y popular CASCABEL el fruto de mis estudios sobre el susodicho rio.

Hay hácia el Norte de Madrid, casi al pié de la cordillera Carpetona, un pueblecillo que se llama Manzanares el Real. (¿En qué quedamos, en el real ó en los ocho cuartos?) De este pueblo toma nombre un riachuelo que, descendiendo de la sierra de Navacerrada, pasa por sus cercanías, baña, como Dios le dá á entender, primero los encinares del Pardo y luego los collados en que se asienta Madrid, y caminando hácia la yinifera Arganda, diez y seis leguas de su origen, se pierde en el Jarama, como el Jarama se pierde en el Tajo, y el Tajo se pierde en el mar junto á Lisboa.

El nombre de Manzanares tiene una etimología tan clara, tan castellana y tan sencilla que ni siquiera puede ofrecer la menor duda á los chicos de la escuela que saben se llaman manzanares aquellas arboledas donde hurtan manzanas en cuanto pierden de vista al maestro. Sin embargo, ha habido un etimologista (el académico Cortés cuya gran manía eran las raíces hebraicas) que hacia venir el nombre de Manzanares del hebreo *Miaci-nahar* que suponía equivalente á rio de Miacó, y otro (Madoz) sospechaba que viniese de Man-nahar, sitio del sustento.

Concíbese que el nombre de Andalucía se atribuya á la lengua ibérica ó vascongada como pequeña modificacion de *Andialucia* que significa, sin la menor duda, llanura ó estension grande, de *andia*, lo grande ó estenso, y *luca* ó *luvia*, lo grande; se concibe que Edeta (nombre antiguo de la region valenciana convertido en Edetania por los romanos que acostumbraban á latinizar así la terminacion de los nombres geográficos) se atribuya á la misma lengua como compuesto de *ede*, *eder*, suave, templado, hermoso, y de *eta* nota de localidad; se concibe que el nombre del rio Astura de donde es sabido que procede el de Asturias, se encuentre en la precitada lengua como compuesto de *ach*, *ach-a*, peña y *ur*, *ur-a*, agua y por consecuencia equivalente á agua que procede de peñas ó peñascales; se comprende, en fin, que el nombre de Navarra sea tenido por vascongado y equivalente á lo de la llanura, como compuesto de *nav*, *nav-a*, llanura de determinada forma, y *arr*, *arr-a*, nota de pertenencia; pero ¿hacer venir el nombre de Manzanares del hebreo *Miaci-nahar* como queria Cortés, ó del, también hebreo, Man-nahar como casi queria Madoz? ¡Jesús, bien dicen que el diablo tiene cara de conejo!

El rio Manzanares debe únicamente su nombradía y también los denuestos y cuchufletas de que ha sido objeto, á la circunstancia de pasar *lamiendo* á Madrid, y digo lamiendo y no regando, porque la palabra *lamer* tiene un no sé qué de baja y mal sonancia que armoniza á las mil maravillas con la indecencia del Manzanares cuyo recuerdo no se debe en manera alguna asociar á la idea noble y fecunda que la palabra *regar* espresa.

Si el Manzanares se contentara con ejercer la modesta mision que ejerce desde su origen al soto de Migas-calientes, santo y muy bueno: nadie tendria que hablar mal de él y si alguien llegase á acordarse del santo de su nombre, diria, eso sí, que era un serrano pobre y de cortos alcances, pero diria también que era modesto, corriente, frescachon y claro en sus cosas; pero, amigo, eso de no contentarse con tan poco y decir «á Madrid me voy porque quiero meterme allí en fregados y sacar trapos á relucir» y una vez en Madrid ponerse muy inflado creyendo que se derrite por él la blanca y fresca y pura virgen de sus montañas y exigir que le levanten arcos triunfales de no sé cuántos ojos como los de sillería que tiene camino de Toledo y camino de Segovia, eso ya pasa de castaño oscuro y hace al tal Manzanares digno de que se le trate á baqueta.

Canta el pueblo español desde el Bidasoa al Guadalete zahiriendo á los vanidosos pobres que son pobres dos veces:

Si tuvieras olivares como tienes fantasía el río de Manzanares por tu puerta pasaría.

Y en verdad que este cantar, al parecer sencillo, tiene un par de perendengues porque encierra un par de fines dignos de filósofos más encopetados que su autor, que á pesar de que le han plantado moderadamente cresta de soberano, no pasa ni pasará nunca de una especie de gallo de Moron: al mismo tiempo que condena la vanidad infundada, acusa á esta misma vanidad de hacer blanco de sus ambiciones á objetos tan viles y mezquinos como el Manzanares.

Pero dejémosnos de metáforas y re-tratemos á este aprendiz de río (como con razon se le ha llamado) tal cual realmente es. Sería tarea interminable la de citar todas las picardias que de cuatro siglos á esta parte se han dicho del Manzanares, sobre todo por nuestros poetas dramáticos y en particular por el cáustico Tirso de Molina, que aunque fraile de la Merced, se creyó dispensado de hacérsela al Manzanares. Hóse aconsejado á Madrid que compre río ó venda puente; se ha dicho que el mayor caudal de agua del Manzanares procede de las lágrimas que lloran los ojos de sus puentes al verse casi sin objeto, y por último, es cosa averiguada que las bolas con que el Sr. D. Felipe II (que tenía la intención de un toro) decoró su puente segoviano, significan que la puente y el río son pura bola.

Y todas estas bur-las del Manzanares son mercedísimas, porque como no sea cuando se derrite la nieve de su sierra, es incapaz de ahogar á un pollo.

Entre los historiadores de Madrid no hay ninguno más entusiasta ni más docto ni más candoroso que el Licenciado Gerónimo de Quintana, que floreció en el siglo xvii. Háse encarecido mucho la malicia de los gatos de Madrid y el Licenciado Quintana prueba que entre estos gatos los hay que ni siquiera tienen rudimentos de uñas. Poniendo en las nubes el entusiasta historiador las excelencias del Manzanares, cree chafar á todos los detractores del aprendiz de río con una cita histórica de magna autoridad, y cuenta que el conde Juan de Rhebner, embajador del emperador Rodolfo II de Alemania, le había dicho que el Manzanares era el mejor río que había en toda Europa, porque se podía ir por medio de él tres ó cuatro leguas en coche y á caballo sin peligro alguno de ahogarse.

Como comprende el español más inocente de nuestro tiempo (que en mi concepto lo es uno que se cree soberano porque le han dicho que lo es) el muy zorro del tudesco tiraba también su cantazo al Manzanares, y el bueno del Licenciado creía que le tiraba flores!

Yo participo mucho, según es público y notorio, del candor del Licenciado Quintana, y por eso no quiero meterme en honduras críticas del Manzanares; pero si fuera á meterme ¡qué cosas no diría y callaría de aquellas cuatro mil lavanderas y mil golondrinas (como llaman despreciativamente las lavanderas de oficio á las particulares) que pueblan ambas riberas del Manzanares desde el puente de Toledo al soto de Migas-calientes, y qué misterios tan recónditos no penetraría interrogando á los cien mil calzoncillos,

camisas, enaguas y sábanas que cuelgan constantemente en aquellas riberas á vista y paciencia del público que no se escandaliza de verlos y puede que se escandalice de que yo los nombre!

La famosa ballena del Manzanares es para mí un mito muy elocuente. Antes de explicar este mito voy á resumir en pocos renglones lo que de la tal ballena averigué en otro tiempo y conté no recuerdo en qué libro.

Allá hácia el reinado del Sr. D. Felipe II, un ingenioso industrial madrileño vió que todos los dias festivos parecia un jubileo el camino de tres leguas que hay entre Madrid y Móstoles, con las muchas gentes que iban á aplicar el hocico á la tubería de los famosos

LA GENTE DEL BRONCE.



—¿A dónde vas?
—Mia tú, á ver al santo.
—Pues cuidadito, Rita!
—No habrá ningún aguel, mayormente.



—Todavía no hace calor, y ya salen los moscones. Creo que se me va á perder una bofetá.



—Acércate, y te la arrimo de cuello vuelto.



—Rita, ¿qué es eso? te has echao lacayo?
—¿Qué ha de hacer una? Me ha prometido guardarme la primera cria de su chistera.

órganos. Estos órganos eran sencillamente las espitas de una gran coleccion de tinajas de vino con cuya venta ganaba el oro y el moro un cosechero de Móstoles, pueblo cuyo nombre viene de las radicales mosto y la terminacion abundancial les, ¡(que me echen guindas los etimólogos)!

Y el industrial madrileño que era listo como un demontre, dijo para sí: «Si yo pongo, por ejemplo, en la puente segoviana, una especie de sucursal de los órganos de Móstoles, me pongo las botas y ahorro un viaje de tres leguas á toda esta pobre gatería.»

Y dicho y hecho: puso una gran taberna aqueude el puente de Segovia hácia aquella huerta regada con rejalgar de lo fino, que está entre el puente y la ermita de la Virgen del Puerto.

Un dia, vispera de San Isidro, empezaron, según costumbre, á mojársese las polainas al santo con un diluvio que empezando hácia el Pardo, convirtió de repente en mar el Manzanares. El tabernero tenía una porcion de cubas vacías en la pradera y se apresuró á recojerlas, pero por listo que anduvo, el agua le llevó río abajo algunas de ellas.

Vivia á la sazón en Madrid un tal Alvar, tan novelero y amigo de averiguar y divulgar lo que no le importaba, que si entonces hubiese habido Gacetas le hubiesen llamado todos la Gaceta del lugar. El tabernero iba por la orilla del Manzanares haciendo desesperados esfuerzos para detener sus cubas, y como éstas

se acercasen á la orilla opuesta y vieso hácia aquel lado á unos borrachones, parroquianos suyos, les gritó que detuviesen las cubas; pero los borrachos no le hacian caso. Entónces el tabernero que era muy listo dijo para sí: «Si les hago creer que vá llena una de ellas, las detienen todas no sabiendo cuál es la que va llena, con la esperanza de participar del vino salvado.»

Y así pensando se puso á gritarles: —¡Una va llena! ¡Una va llena!

Alvar, que desde el pörtillo de Jilimon de la Mata espiaba las orillas del Manzanares para tener ocasión de dar á Madrid una gran nueva si el río se llevaba una casa con habitantes y todo, oyó las voces del tabernero y dando por supuesto que en el Manzanares habia aparecido una ballena, corrió por todo Madrid prrogando á voces tan estupenda noticia. Creyéronla los madrileños y armándose de toda clase de instrumentos cortantes, punzantes y contundentes, echaron á correr hácia el río para matar el enorme cetáceo. Alvar, más curioso aunque ellos, los habia precedido y encontrándose en la ribera con el tabernero, le preguntó: —¿Dónde está la ballena?

—¿Qué ballena? replicó el tabernero admirado de la pregunta.

—La que has dicho que iba por el río.

—Yo no he dicho tal cosa.

—Pues qué, no te he oido yo gritar desgañitandote: ¡Una ballena! ¡Una ballena!

—Sí, pero quería decir que de las cubas que me lleva el agua una va llena.

Al oír esto, Alvar se puso hecho una tigre hircana, porque decia con razon: «¡Vaya un papel que voy yo á hacer cuando llegue á aquí todo el pueblo madrileño fiado en mi palabra y se encuentre con que no hay tal ballena!»

Y enarbolando un garrote que llevaba en la mano, empezó á dar de palos al tabernero porque no distinguía en la pronunciacion, como era debido, la B de la V.

En aquel instante daban vista á la ribera los primeros madrileños, y como los que venían detrás oyesen los palos que daba Alvar y no viesan quién daba, aunque por las voces del tabernero conociesen quién recibía, preguntaron á los que alcanzaban á ver la peluquina: —¿Quién dá? ¿quién dá?

—Alvar dá, Alvar dá, les contestaban.

La frase «Alvar dá» empezó á circular por la muchedumbre convertida en «albarda» y el pueblo madrileño se volvió á sus hogares convencido de que debía llevarla puesto que habia creído fuese una ballena una albarda que arrastraba el Manzanares.

Tal es en resumen la historia de la ballena del Manzanares.

Esta tradicion de la gatería madrileña significa que en la corte (de un rey, como Madrid lo era antes ó de un sinnúmero de reyezuelos como lo es ahora) donde constantemente juega la tramoya política, lo que parece oro es oropel y lo que parece una ballena es una albarda (con perdon de V.) de un burro. Como mito de la bambolla y falsedad cortesana me parece, pues, un mito elocuente el de la ballena del Manza-

nares. Ya esta ballena había dado el nombre de *ballenatos* á los madrileños en la edad de oro del teatro Español, como lo prueba este diálogo de la comedia que tituló el madrileño Lope de Vega *Al pasar del arroyo*:

ISABEL.—Allá con la barajena que en el estribo llevé hable el pícaro, que yo soy cortés y madrileña.
MAYO.—*Ballenata* ¿no dirá?
ISABEL.—Con mucha honra, belitre.
MAYO.—¡Mala pipa de salitre te vuele!
ISABEL.—Soy nieve ya.

Aquí vemos que en el reinado del Sr. D. Felipe IV ó antes, ya llamaban ballenatos á los madrileños y éstos se quemaban oyéndolo y procuraban ocultar su despecho con el ¡a mucha honra! á que aún acuden en tales casos.

Como no quiero ser detractor ni panegirista del Manzanares sino imparcial, aunque severo, historiador, esta cualidad me obliga á incluir entre las memorias que deshonran al serrano metido á cortesano una que le honra mucho: cuéntase que en los buenos tiempos de los Felipes se construyó en el campo del Moro un buque y completamente aparejado y tripulado surcó magestuosamente las aguas del Manzanares, del Jarama y del Tajo, y llegó á Lisboa con toda felicidad.

El que no conozca de vista al Manzanares, y tenga noticia de este hecho, y todos los veranos lea en los periódicos que en el Manzanares se ha ahogado Fulano ó Mengano, creará que el Manzanares es, cuando menos, un río decente. Pues si lo cree, se engañará de medio á medio: el Manzanares sólo puede arrastrar un buque cuando se le hinchan las narices con un gran temporal de aguas, ó cuando hay un gran derretimiento de nieves en las montañas cuyas vertientes le pertenecen, y sólo puede ahogar á alguien cuando en el verano se ahonda, se ahonda en la arena de su lecho, y se hacen pozos, donde los madrileños que no pueden escapar del chicharrero donde moran, se meten á refrescarse como su madre los parió, sirviéndoles de hoja de parra unas esteras viejas que concluyen su conculcada vida con aquel vergonzoso oficio.

Por lo demás, tenía muchísima razón el socarrón embajador de Rodulfo II: por medio del Manzanares se puede caminar en coche y á caballo y hasta á patita y andando, sin peligro de ahogarse, aunque sí de reventar de asco.

ANTONIO DE TRUERA.

APUNTES DE LA GUERRA.

EL BARRANCO DE CAMPANZAR.

4 de Mayo

He querido ver por mis propios ojos lo que pasa en aquel hermoso caserío de Ibieta, aizado en el fondo del barranco de Campanzar, al pie de los castaños, á la orilla del cristalino torrente que baja de los peñascos de Martín Palacio. La correría por el antes florido valle que riega el Deva me ha llenado de duelo el corazón. La desventurada raza euskara, tintas en sangre las manos, no ha sembrado este año aquellos verjeles. He visto muchos viejos, taciturnos, tristes y silenciosos, sentados en la orilla de los caminos, con la vista fija en el suelo; se me figuraba al contemplarlos que buscaban entre la tierra humedecida el espíritu de sus hijos, cuyos restos ensangrentados yacen allí. No podían llorar, porque no podían comprender que la felicidad pasada haya desaparecido entre las agonías de la juventud que va desapareciendo.

En una fuente, teñida de rojo por el hierro que arrastran sus aguas, he encontrado una nescatilla de diez y ocho años; su herrada llena hasta los bordes, dejaba escapar el agua, que en abundante chorro llegaba hasta ella desde la teja del manantial, y la joven, sin fijarse en ello, dejaba que el agua se perdiera. Estaba distraída llorando, y sin saberlo, también dejaba que sus lágrimas corriesen hasta rebotar en su delantal de flores. Lloraba porque comprendía que su mágico, su amante no volvería más; que el que es valiente y sigue las banderas del rey, no vuelve á su casa nunca. Aquellos viejos veían hundido su glorioso pasado, estas jóvenes veían perdido su risueño porvenir.

Triste me dejó el valle del Deva; por eso, sin darme cuenta de lo que hacía, subí las faldas de Udala, y descendí al barranco, donde aún se ven los sepulcros de... de los primeros cristianos de Vizcaya.

El cielo estaba tranquilo, la noche límpida y pura, y sin embargo, en la brillante estela del Poniente, por la parte del mar, distinguía y oía continuados relámpagos, innumerables truenos. No tronaba en el cielo: la tempestad bramaba en la tierra; aquellos no eran los ecos de la electricidad que se agita en los espacios, eran los reflejos de la guerra y del odio que fulguraban en los valles próximos al Océano. En lo alto de las peñas de Santa Lucía, donde hay una ermita, que en otros venturosos tiempos de paz, dibujé y describí en mis álbums, distinguí un grupo de desiguales formas que se movía en incansante serpenteo y del fondo del cual salían tristes exclamaciones.

Deje, pues, la bajada al valle y tomé por entre los

helechos y las peñas con dirección á aquel punto. Diez minutos después llegué á la ermita. En torno de ella, empujadas sobre las puntas de las rocas, queriendo abarcar el espacio con sus brazos, vi á diez ó doce mujeres de la barriada de Zubiaur.

—¿Qué hacéis aquí? las dije.
—¡Mira, mira, me contestaron señalándome los últimos límites del horizonte, hacia donde sonaban los estruendos; mira como se agitan en aquel mar de sangre las vidas de nuestros hermanos y de nuestros hijos!

Y miré y alcé como ellas mis manos hacia el cielo, y como ellas grité admirado. A la luz de los últimos rayos del crepúsculo sucedía sin interrupción una serie de instantáneos relámpagos y á cada aparición respondía un millar de ruidos prolongados como si mil volcanes estallasen á la vez; y la brisa del mar traía confusa una gritería, que así parecía una tempestad de gritos de desesperación y de odio, como un doloroso lamento continuado. Apagábase súbito el rojo resplandor del cielo por la elevación de densas y oscuras nubes que brotaban de las siluetas de aquellos lejanos montes, y de entre su seno, cual si fueran globos de fuego se destacaban brillantes puntos, que dejando en pos de sí una curva de fuego, estallaban al caer dividiéndose en una inmensa polvareda de chispas encendidas.

A cada iluminación del cielo las mujeres callaban, é inmediatamente, á cada erupción de nubes oscuras, rompían de nuevo á llorar de un modo desgarrador. Y se asustaban más, porque la brisa, al dividir aquellas informes masas, las perfilaba horrorosamente, imitando cabezas y miembros, cuerpos raros que se agitaban y se confundían, y cuyos aserrados bordes, iluminados por los relámpagos del fondo, les daban verdadero carácter de seres y engendros colorales que se agitaban destrozándose unos á otros.

A aquellas fantásticas apariciones respondían en torno mio las convulsiones de las mujeres, que se lamentaban desesperadamente en su lenguaje vascongado, y los ecos de la imponente masa de las peñas de Udala sobre las que la luna destacaba las sombras agigantadas de aquel originalísimo cuadro.

No he presenciado jamás escena más grandiosa. Al cabo de dos horas la tempestad cesó, las mujeres, cansadas de llorar, se habían sentado, abrazadas, confundidas unas en otras. Algunos momentos después se arrodillaron, rezaron tristemente y empezaron á bajar á la barriada.

Allí me quedé solo; acaba de presenciar cómo las hijas del valle de Elorrio habían visto reflejarse en el cielo la sangrienta jornada de Galdames y Triano, y el bombardeo de Bilbao en la últimas noches de Abril.

Desde la ermita quedé mirando las columnas de humo que se elevaba hasta las nubes desde la cumbre de Banderas, último término del paisaje por aquel lado. Cuando tomé el camino para ir á Zubiar, oía aún los lamentos de las pobres mujeres que llegaban á sus caseríos.

¡Cuántas habrían perdido sus hijos y sus hermanos en aquella noche memorable!

RICARDO BECERRO.

La Exposición industrial del Este de España.

Ya se ha abierto este honrosísimo certámen de la industria española, y cada vez admiramos más la perseverancia y el patriotismo de las dignas personas que han dirigido esta notable Exposición.

Los detractores de nuestra industria deben ir á convencerse de su funesto error, visitando la Exposición del paseo del Cisne. Allí verán que en Cataluña, en Aragón, en Valencia y en las Baleares existen productos que nada tienen que envidiar á los de las naciones extranjeras.

Como hemos de hablar detenidamente de esta solemne fiesta del trabajo, nos limitamos hoy á excitar á nuestros lectores á que visiten la Exposición, seguros de que han de salir muy complacidos.

La entrada cuesta 4 rs. los días de trabajo y 2 reales los domingos.

Los señores Santos, Lopez Fabra, Guerola, García Martino, Villalva, Padró, Benisa y cuantos han intervenido en esta meritoria y digna empresa merecen el aplauso que les tributará Madrid entero cuando conozca esta Exposición.

CASCABELES.

Acaricia la rosa con su perfume al sol que esplendoroso sus rayos luce; no ve que, ingrato, es quien seca y marchita su esbelto tallo.
Así la mente humana con ansia loca acaricia ilusiones que la devoran y que, entre halagos, nos llevan al abismo del desengaño.
A. MIRÓ.

El Sr. Barbieri no es sólo un inspirado compositor, el más inspirado y original de todos, sino que es también un castizo, elegante, discreto y eruditísimo escritor. Esto pensaban todas las distinguidas personas que el domingo último le oyeron leer su magnífico discurso en la Academia de Bellas Artes de San Fernando.

Felicitémosle por su bella obra, que no nos ha sorprendido en verdad, sabiendo bien lo mucho que vale y sabe y puede su popular autor.

Los hermanos Batlló, fabricantes de Barcelona, pagan de contribución 45.000 pesetas.

A ver si alguno de los que tienen por oficio la política contribuye con tanto ni con la mitad siquiera á los gastos del Estado.

Esos cobran buen sueldo y á lo que contribuyen es al desorden y al jaleo perpetuo en que vivimos. Y se hacen llamar excelentísimos señores.

¡Cuerno con la excelencia!

«El señor Rivero, seguido de cerca por 200 amigos suyos...»

Así empezaba la *Correspondencia* el parralito en que daba cuenta de la visita hecha por el señor de Rivero, antiguo republicano federal, monárquico de D. Amadeo después, y ahora republicano de orden, al duque de la Torre.

Lo de *seguido de cerca* me ha hecho feliz. Pero todavía me hace más gracia que el país inocente se preocupe de las idas y venidas del señor Rivero y sus doscientos amigos que le seguían de cerca.

Siguen las prisiones de sujetos complicados en los sucesos cantonales de Cartagena.

Y siguen todavía los cantonales de levita viendo la manera de que vuelva la federal y á comenzar el *cantoneo*.

¡Canario qué país!

Hemos tenido el gusto de comprar el último libro publicado por el señor Perez Galdós, con el título de *Zaragoza*. Esta narración es admirable. No se puede contar con mas verdad la gloriosa epopeya que dió eterno renombre á aquella heroica ciudad.

Felicitemos al autor por su bello libro.

Saliedo ayer de Fornos de un banquete se murió un radical que de Albacete vino á ver si lograba algun turron y solo halló, ¡infeliz! un torozon.
Contemplad ese ejemplo, radicales, que tenéis pretensiones de inmortales.

El lunes, día de crisis, decía *El Pueblo*: «Los momentos son solemnes.»
Claro, se trataba de si seguiría ó no siendo ministro el amo de *El Pueblo*.

¡Hombre! he leído en un papel público que se ha celebrado un contrato de adquisición de fusiles del sistema *ejipcio* para la benemérita Milicia forzosa.

¡Anda! ¡anda! ¡fusiles ejipcios y todo nos van á dar!

Pero yo sigo en mi tema, mil veces lo dije y mil, me carga todo sistema de fusil.

Ejipcio, turco, ateniense, alemán ó marroquí, no hay sistema que yo pienso que pueda gustarme á mí.

Y sólo estaré conforme con que me hagan nacional si me dan el uniforme del marqués de Sardoal.

Pero me resisto en vano, que me obligan á ser miliciano... ¡Yo miliciano!... ¡Yo fusil!!!

Cada vez que hay crisis ministerial se ponen de manifiesto las miserables ambiciones, envidias é intemperancias de los malamente llamados hombres políticos de este pobre país.

No pueden disimular el afán que tienen de mandar, de lucir, de cobrar gran sueldo y de someter á su voluntad al país entero que les debe su ruina.

¡Morrocotudos hombres de Estado tiene España! ¡Qué plaga!

En Salamanca va tomando gran incremento la langosta.

Pues mire V., en toda España desde 1868 es un horror la langosta que hay, en el campo y en la ciudad.

Ciento ochenta y nueve escuelas hay vacantes en la provincia de Huesca.

Y es natural, porque no se paga á los maestros.

Han tenido la inadvertencia de no ser hermanos de los ministros ó grandes personajes; si lo fueran todos tendrían sus destinitos y estarían tratados con el mayor mimo.

Fornos ha tenido buenas entradas estos días pasados, mientras la crisis.

Los radicales han entretenido la impaciencia comiendo por lo fino.

Hasta el hermano del amo de *El Pueblo*, pagó el domingo pasado un banquete á sus amigos porque el sábado fueron sus días.

¡Los días de un oficial mayor del ministerio! Debía haber sido día de gala con uniforme.

Está en prensa la tercera edición del popular libro de D. C. Frontaura *Las tiendas*, cuyas ediciones anteriores están completamente agotadas.

También está en prensa la novela del mismo autor *Mano de ángel*, que formará el tomo 18 de *Cuentos de Salon*, y seguidamente se imprimirá el 19, que contendrá la novela *Al bordo del abismo*, de Guerrero, y la titulada *Aventuras de un señorito*, de Frontaura.

El número 13 de este año de *Los Niños*, contiene originales de Trueba, Thuillier, Guerrero y Janer, y bonitos grabados. En este número comienza la publicación de pequeñas biografías de los santos, con grabados.